



DIRECTORA: ÁNGELA GRASSI

Núm. 28. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Julio 1873. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIII.

PRIMERA EDICION. DE LUJO Ó COMPLETA.		SEGUNDA EDICION. ECONÓMICA.		TERCERA EDICION. ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS.		CUARTA EDICION. ESPECIAL PARA LAS MODISTAS.	
Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos.		Cuatro números al mes, un figurin y un pliego de patrones de tamaño natural.		Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.		Dos números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones de tamaño natural.	
MADRID.		MADRID.		MADRID Y PROVINCIAS.		Haciendo la suscripción por medio de los Corresponsales:	
Un año...	30,00 ptas.	Un año...	18,00 ptas.	Un año...	13,00 pesetas.	Madrid: Un mes, 1,75 pesetas.	Madrid: Un mes, 1,50 pesetas.
Seis meses...	15,50 *	Seis meses...	9,50 *	Seis meses...	7,00 *	Provincias: Tres meses, 5,00 id.	Provincias: Tres meses, 4,50 id.
Tres meses...	8,00 *	Tres meses...	5,00 *	Tres meses...	3,50 *		
Un mes...	3,00 *	Un mes...	2,00 *	Un mes...	1,25 *		

SUMARIO.

Daguerre, por Gaspar Nufiez de Arce. — El Santuario de Montserrat, por María del Pilar Sinués de Marco. — Don Gaspar Bono Serrano, por Domingo Hévia. — Clemencia, por Isabel Cheix. — La catedral de Córdoba, por Nicasio Alvarez. — La batalla de las Navas, por Francisco de P. Villa-Real y Valdivia. — Historia de un pino, por Ángela Grassi. — Explicacion del figurin. — Variedades. — Correspondencia. — Charada. GRABADOS. — Daguerre: Vista de la gran cascada del bosque de Boulogne. — La catedral de Córdoba. — El armíño. — El linco. — La girafa. — Rodaja para sacar patrones.

DAGUERRE.

La celebridad de Daguerre habrá llegado probablemente hasta vosotros, pues pocas personas se hallarán que no hayan visto ó oído hablar del aparato que para fijar las imágenes en la cámara oscura lleva el nombre de aquel á quien fué debida su invención: *Daguerreotipo*. Justo es, pues, que os demos algunas ligeras noticias biográficas de este hombre, que tanto ha honrado nuestro siglo, y una sucinta idea de los medios que empleó para conseguir el objeto que se había propuesto, y sentar los fundamentos de su fama.

Nació Luis Santiago Mandé Daguerre en 1788 en una aldehuela del departamento del Eure en Francia, llamada Cormeille. Recibió una educación regular, y fué primeramente empleado en la recaudación de las contribuciones. Fastidiado de las molestias que esto le ocasionaba, y dejándose llevar de la inclinación, hizo al poco tiempo de estar desempeñándole renuncia de su destino, y entró en el taller de Degott, decorador del teatro de la Opera.

Pintó algunas decoraciones de teatro de un mérito nada comun, y en union de Prevost hizo los panoramas de Jerusalem, Nápoles y Roma. Ultimamente fué el inventor del Diorama, el primero del cual, favorecido por Mr. Bouton, estableció el mismo en Paris, abriéndole al público el 22 de Julio de 1822, que le recibió con entusiasmo. Pintó para este Diorama vistas notabilísimas; entre otras el *Monte de San Gotardo*, el *Templo de Salomon*, y el *Hundimiento del valle de Gordan*, y cuando estaba terminando una tela, en la cual fundaba su mayor gloria, *El interior de Santa María la Mayor*, un

incendio acabó en pocas horas con el Diorama y con la fortuna de Daguerre.

A este acontecimiento, que sucedió á 3 de Marzo de 1839, se debió el que Daguerre se dedicase con más ardor á buscar el medio de dar fijeza á los objetos en la cámara oscura, pensamiento que de muy antiguo venia agitándose en su mente.

Un famoso físico sueco, Mr. Scheele, observó en 1770 que el cloruro de plata tenia la propiedad de ennegrecerse sometido á la acción de la luz. Caminando sobre este descubrimiento se consiguió entonces reproducir los grabados, aunque de una manera imperfecta. Cubierto un papel con el cloruro de plata, fijábase sobre él la estampa que deseaba reproducirse, y se exponía á la acción lumínica. Las sombras del grabado, estorbando el paso de la luz, hacían que en el papel clorurado se reprodujesen en sentido inverso las figuras de la lámina, ó invirtiesen las tintas. Las partes oscuras del grabado aparecían claras, y viceversa. Estas reproducciones tenían además el inconveniente de no poder exponerse á la luz, pues apenas sentían su acción se oscurecían del todo, borrándose por lo tanto las imágenes.

Con el fin de fijarlas, y al mismo tiempo con el de remediar la alteración de las tintas, trabajaron incesantemente, Charles, en Francia, y Wedgwood y Dawy en Inglaterra; pero la gloria de alcanzar estos resultados estaba reservada á Daguerre, conocido ya por la invención del *Diorama*. Ayudóle en esta empresa Niepce, que no pudo recoger ni el futo ni la gloria de su cooperación por haber muerto tres años antes de que Daguerre, vencidas ya todas las dificultades, publicase su invento en 1839. El principal objeto de aquel, fué el de buscar un medio de fijar las imágenes que se reproducen en la cámara oscura, valiéndose de sustancias *sensibles* á la luz. Niepce había ideado cubrir una capa de cobre con otra de plata ligeramente bañada en betún de Judea, como sustancia impresionable, y sumergida en una mezcla de petróleo y aceite de espliego. Esta placa así preparada se sometía á la acción de la luz en una cámara oscura

de tirado. Las imágenes se fijaban en ella, pero de un modo confuso, y podían desaparecer con mucha facilidad; además la acción de la luz obraba muy lentamente, dificultando la exacta reproducción de los objetos.

Daguerre modificó la idea de su amigo, ó por mejor decir, creó otro nuevo sistema, siguiendo las huellas que le había marcado Niepce.



Cubierta la placa de cobre con una capa de plata, la somete á la accion del iodo, que trasforma la capa referida en ioduro de plata: así preparada, la expone á la accion de la luz en la cámara oscura, para hacer que la imagen aparezca, pues permanece invisible: es necesario someterla despues á la accion de los vapores mercuriales en una caja dispuesta para el efecto, y cuyo fondo es de palastro. Todavía para aclararla más y hacer que resalten las sombras, es preciso lavarla ligeramente con hiposulfato de sosa y cloruro de oro: esta modificacion es debida á Monsieur Jizeau, y es la más importante que se ha hecho en el sistema de Mr. Daguerre.

Hecho este descubrimiento fué presentado por Monsieur Aragó á la Academia de Ciencias, y recibido en la Francia y en todo el mundo con verdaderas muestras de admiracion. El Gobierno francés le condecoró con la cruz de Oficial de la Legion de Honor, y por una Ley de 2 de Agosto de 1839, le concedieron las Cámaras una pension vitalicia de 6.000 francos, con el encargo de enterar al público de sus procedimientos.

Honrado y querido de todos, murió Daguerre á la edad de 63 años. Hacia algun tiempo que se habia retirado á la aldea de Petit Brie, sobre el Marne, donde espiró, y donde habia dado pruebas de su caridad.

G. NÚÑEZ DE ARCE.

EL SANTUARIO DE MONTSERRAT.

A mi querida amiga la distinguida poetisa

DOÑA ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

I.

Al dedicar un recuerdo al célebre santuario de las montañas de Cataluña, á nadie mejor que á tí, mi amada Antonia, hubiera podido dirigirme: á tí, que tantas veces me has instado en tus cartas, para que escribiera algo acerca de mis viajes, y á quien he prometido hacerlo: sin embargo, no me agradezcas la presente, porque necesitaba escribirtela para aliviar mi corazon de una emocion profunda, y para hablarte del asilo más grandioso que posee en la tierra la Reina de los Cielos, la Madre Celestial, que tanto amamos tú y yo.

Poco despues de las once de una calurosa mañana de Julio, salimos de Barcelona y tomamos el camino de Montserrat, adonde llegamos á eso de las siete de la tarde (1).

Durante dos horas, y á pesar de ir sentada en la delantera del carruaje, mis ojos no descubrian más que altísimos montes.

En el centro de estos se eleva el Montserrat, el cual, segun la opinion de todos los viajeros célebres que han escrito sus impresiones y recuerdos, *no tiene igual ni semejanza en todo el orbe.*

Su altura piramidal es de mil trescientas varas, y por lo maravilloso de su forma, diríase al mirarle desde alguna distancia que es una ciudad inespugnable, rodeada de un cinturón de fuertes torres, y que solo la mano de Dios puede destruir.

¡Oh, Antonia mia! Cuando me ví al pié del inmenso monte, consagrado por la presencia de la Virgen Madre de Dios, que ha hecho de él su palacio; cuando en derredor mio vi aquellas enormes peñas, suspendidas al parecer en los aires y prontas á desprenderse; cuando vi la cúspide del Montserrat tocando á las nubes, tan diáfanas y movibles que parecían el manto del Señor, mi corazon tembló dentro del pecho y humillé la frente confundida, no solo de mi pequeñez, sino de la pequeñez humana.

En la falda de la gran montaña se eleva el santuario como un puerto de paz y de esperanza.

La guerra con todos sus horrores ha pasado por aquel sagrado recinto, incendiando y destruyendo cuanto ha hallado á su paso; pero las ruinas que en todas partes son tristes, respiran allí una augusta y melancólica grandeza.

Adivínase sin trabajo lo que sería el santuario ántes que los soldados franceses arrojasen en él las teas del incendio: yo vi aquellos magestuosos restos á la melancólica luz de la luna, y me arrodillé y oré, pareciéndome que á través de las arruinadas paredes, veía el semblante de ese Dios, todo amor, todo grandeza y misericordia.

El fuego ha consumido las esculpidas puertas, y ha ennegrecido las gruesas paredes de piedra.

Cascadas de yedra silvestre se precipitan por las deruidas ventanas, como ingratas hijas que huyen del pecho paternal, porque es triste, ó bien como cautivas jóvenes que buscan aire y sol.

Las fugitivas están, sin embargo, cubiertas de campañas blancas y azules, como si quisieran llevar consigo en la partida todas sus joyas.

No podría, no sabría, Antonia mia, decirte, aunque quisiera, hasta qué extremo me conmovió la vista de aquel verdor lujoso, de aquella loca lozanía entre lo triste y solitario de las sagradas ruinas.

Parecíame oír sonoras carcajadas de alegría entre las notas de un canto funeral.

Creía ver jóvenes vestidas de rosa y blanco, entre una cohorte de enlutadas y afligidas ancianas.

Pero á medida que rezaba, el consuelo descendía á mi alma.

Pensaba en que Dios coloca siempre la alegría junto al dolor, y en que quizá sin aquella yedra cubierta de flores, el espectáculo hubiera sido demasiado tétrico y desconsolador para mi alma.

En el ala de la derecha del santuario se halla la hospedería: los monjes dan allí la más cristiana y cariñosa hospitalidad: cada viajero tiene su cuarto; algunos domésticos cuidan del aseo y servicio de las habitaciones, y por la noche se ve á los religiosos envueltos en sus largos mantos negros, pasar por los claustros para informarse de si los visitantes de aquellas santas soledades están bien asistidos.

En la cima de una roca, que desde el camino parece inaccesible, está situada la iglesia, servida por los monjes y por algunos niños de familias pobres, á los cuales se les proporciona una educacion religiosa y gratuita.

La comunidad de estos niños se llama *Escolanía*, y su habitacion situada en el interior del Monasterio, tiene sobre la puerta un cuadro encantador, que representa á la Virgen cobijando bajo su manto á algunos niños casi desnudos.

Enfrente de la iglesia se extienden cordilleras de montes inmensos, cubiertos de flores y medio ocultos en las horas de la tarde, entre las brumas que descienden del cielo hasta los picos más elevados.

Para tí cogí un pequeño ramo de aquellas flores: ya las has visto, son pobres de colores y humildes; pero las guarda la Virgen de las montañas, y me parecen consagradas por su presencia.

La iglesia es espaciosa y sencilla: toda su magnificencia, los dorados y mármoles con que tantos reyes y príncipes cristianos la enriquecieron en el pasado siglo, han desaparecido: ahora está blanca y pobre, como la casta Virgen que ha depuesto sus galas para vestir el ropaje de la pureza y de la humildad.

En el altar mayor está la hermosa imagen: es muy morena, así como el niño que tiene sentado sobre sus rodillas: aunque todos los historiadores están discordes acerca de la procedencia de esta imagen, la opinion más válida y admitida, asegura que es la misma que trajo á España el apóstol San Pedro, obra de San Lucas, y escondida cuando la invasion de los árabes en las peñas de Montserrat por el godo Gregorio y por Pedro, Obispo de Barcelona.

II.

Corría el año del Señor 880, cuando se oyeron coros celestes y se vieron resplandores extraños en la montaña: era el anocheecer de un sábado cuando advirtieron este prodigio unos pastores: llegada la noticia á Gundemaro, Obispo de Vich, pasó con el clero y muchos fieles al lugar de los prodigios; y despues de vencer muchas dificultades y peligros, á causa de lo escabroso del monte, hallaron una pequeña cueva cavada en la roca, y dentro de ella una hermosa imagen de María con el niño Jesús en los brazos, que exhalaba y exhala aún hoy una fragancia exquisita.

Tomóla en los brazos el santo Obispo, para conducirla en procesion á una iglesia donde fuese venerada con el decoro debido; pero á los pocos pasos, la sagrada imagen quedóse inmóvil y sin poder ninguna fuerza humana separarla de aquel sitio.

En él, pues, se le edificó una capilla, que poco despues se convirtió en monasterio de religiosas de la Orden de San Benito, por disposicion y voto del Conde Vifredo, el Velloso, del cual fué abadesa su hija la joven y bella Riquilda.

Poco despues, el Conde de Barcelona, sucesor de Vifredo, sustituyó monjes de San Benito, traídos del convento de Santa María de Ripoll, por cuanto era tanta la afluencia de peregrinos al sagrado monte, que no podían darles las religiosas hospitalidad con el decoro debido.

No quiero acabar esta carta, mi querida Antonia, sin hablarte de la *Baranda de los monjes*, extensa galería á la cual se pasa por el interior del Monasterio, y que está guardada por tres colosales estatuas de religiosos.

Esas impasibles y mudas figuras de piedra, eternos

guardadores del Monasterio, eternos testigos de sus glorias y de su devastacion, sobre cuyas calvas cabezas pasan los años y las tempestades, á cuyos piés vuelan las águilas sobre el abismo, me han inspirado un respeto en que entra también el terror.

¡Cuánto pudieran decir aquellas heladas bocas, si un milagro del que todo lo puede las abriera!

¡Cuántos imponentes espectáculos habrán contemplado aquellos ojos sin luz!

Ellas han visto subir al santuario á los Reyes católicos con su hija *Juana la Loca*; á la Emperatriz Isabel, esposa de Carlos V; á Felipe II, que estuvo en él cuatro veces; á sus hijas las Infantas Catalina é Isabel; á Felipe III; á Maximiliano II; á D. Juan de Austria; á Carlos III; á Carlos IV; á Fernando VII y á Isabel II.

No pueden los límites de una carta reseñar detenidamente á Montserrat, muchas debería dirigirte para ello; pero como quieres que te escriba sobre otros asuntos, me contento con darte en este una ligera idea del más grande de todos los santuarios del mundo cristiano.

El fuego, como si fuera el eterno enemigo de las santas montañas, ha vuelto á invadir las hace algunos años: tú lo sabes también, pues la prensa toda dió cuenta de ese espantoso siniestro, que atribuyeron á una mano aleva: ya los religiosos iban á sacar de la iglesia la sagrada imagen para ponerla á salvo de las llamas: Barcelona entera, Manresa y todas las poblaciones inmediatas, acudieron llenas de agonía á agruparse en la hora del peligro en derredor del palacio solitario de María, y sus esfuerzos lograron felizmente extinguir el fuego.

Si hubo culpables ¡Dios los perdone en su misericordia infinita! Ni tú ni yo sabemos llamar anatemas sobre las cabezas de los extraviados.

Adios, Antonia mia, te abraza con el corazon tu apasionada

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

DON GASPAR BONO SERRANO,

POETA ARCADE.

(Continuacion).

La prosa y los versos del Sr. Bono Serrano publicados en Soria, con objeto de llamar la atencion de las clases acomodadas y de las autoridades á fin de erigir un monumento á los héroes de Numancia, no podían menos de producir el deseado efecto.

XVIII.

Copiaremos literalmente lo que sobre el particular cuenta el poeta en la página 57 de su citada Miscelánea. Dice así: "No fueron inútiles mis esfuerzos, ni podían serlo en una capital tan ilustrada y celosa de sus lauros como Soria. El Sr. D. José Alvarez Guerra, dignísimo Gobernador civil entónces de la provincia, y otras personas respetables, acogieron con entusiasmo tan laudable pensamiento. A fin de llevarlo á su debido efecto, se abrió una suscripcion que comenzó á dar desde luego los más felices resultados. Mas cuando se trataba ya de comenzar la obra, fué preciso desistir de tan noble idea, con sentimiento de todos, con sentimiento el más profundo, causado por la trágica y sangrienta jornada de Bañón, en que perecieron todos los oficiales y algunos jefes de los *francos de Soria*. Hechos prisioneros por el jefe carlista D. Manuel Quilez, fueron fusilados, incluso el medico-cirujano del batallón.

"Tamaña tragedia, que llenó de consternacion y de luto á los habitantes de Soria, no pudo menos de suspender y aplazar el patriótico proyecto, que poco ántes ocupaba la atencion de todos. En vez de monumentos de gloria á los héroes numantinos, fué preciso, como era justo, atender al socorro y alivio de los hérfaños y viudas de las víctimas de Bañón, naturales la mayor parte de dicha capital.

"Ultimamente se ha comenzado á levantar el monumento en la colina de Numancia, y es de esperar se concluya pronto para honor y prez de Retógenes y Melgara, de los hijos de Soria y de la nacion entera."

En las solemnes exequias que se celebraron en aquella colegiata á los infortunados militares de Bañón, el señor Bono Serrano escribió las inscripciones para el catafalco, las cuales se publicaron poco despues con la oracion fúnebre del presbítero D. Juan Yanguas, y una tierna elegía de D. Francisco Gonzalez de Santa Cruz, hijo de Soria, muy amigo desde entónces de nuestro poeta, y protegido por el difunto duque de Frias, de quien ya hicimos mencion en estos artículos. Volveremos á recordar el nombre del vate soriano, al hablar de la

(1) El modo de hacer el viaje y la numeracion de todas las poblaciones y accidentes pintorescos del camino, se hallan en el curioso libro escrito por don Víctor Balaguer, titulado *Guía de Montserrat*.

epístola histórico-poética que le dirigió posteriormente D. Gaspar desde el campamento de Castellote.

Apenas llegó á dicha capital la noticia de que el ejército carlista había levantado el sitio de Villalva de Losa, socorrida oportunamente por el general D. Luis Fernandez de Córdova, y que el segundo batallón del *Inmemorial* del rey, había abandonado las ruinas del mencionado baluarte por orden del joven caudillo, trasladándose á Vitoria; el Sr. Bono Serrano emprendió su marcha por los pinares, no tardando en llegar á la fértil Rioja por la parte de Nalda y Albelda, tan célebre la primera por sus campos cubiertos de viñas y árboles frutales, como renombrada la segunda en todo el mundo por el famosísimo *Código albelense*, con tanto celo custodiado entre los más preciosos códices del Escorial. Habiendo pernoctado Bono Serrano en Albelda, consagró algunos versos al inmediato desmoronado castillo de Clavijo, tantas veces mencionado en nuestros anales; versos que sentimos omitir por no alargar en demasía estos artículos. Lo mismo decimos de los que escribió por entonces en la pequeña ciudad de Nájera, corte un tiempo de los reyes de Navarra, ensangrentada después por los furores de la guerra civil entre los partidarios del rey D. Pedro de Castilla y los de su hermano el bastardo Conde de Trastámara. En su poesía el vate aragonés habla de pasada de los bélicos horrores de Nájera, y celebra entusiasta la cuna del Anacreonte español D. Manuel Estéban de Villegas, feliz autor de aquellas dulcísimas cantinelas

Del poeta delicias,
A los veinte limadas,
Y á los catorce escritas,

como dice el mismo.

Con el corazón desgarrado de dolor y con las lágrimas en los ojos vió Bono Serrano en Cenicero las ruinas de aquella población, enrojecidas todavía con sangre española; funesto agüero de la mucha que vería correr muy pronto en los campos de batalla, á que tendría que asistir para llenar los deberes de su santo ministerio.

Continuando su viaje hacia la provincia de Alaba, pasó el Ebro por el famoso puente romano de Miranda, donde no dejaría de recordar con dolor nuestro Poeta la trágica muerte de su compatriota, el célebre guerrillero alcañizano D. Manuel Carnicer, fusilado hacia muy poco tiempo en aquella población. Al pasar por la Puebla de Arganzón, fué á ver la humilde casa en que vivía el año 1808 el bizarro D. Francisco Longa, laborioso y honrado artesano entonces, y Teniente general posteriormente, después de haber sido el terror de los franceses en los llanos de Castilla, y sobre todo en las inmediaciones de Vitoria y en las fragosidades de San Marcial. Al pasar por Armentia, hoy aldea humilde, y capital un tiempo tan populosa de la provincia; sin duda saludaría respetuoso aquellas vetustas y veneradas ruinas, sede episcopal en remoto siglo del glorioso San Prudencio.

Por fin llegó á Vitoria, donde encontró su batallón, comenzando á ejercer desde entonces sus obligaciones de Capellán de regimiento, tan áridas y penosas en tiempo de guerra, y guerra civil por desgracia. Los dos Capellanes de aquel Batallón, anteriores al Sr. Bono Serrano, permanecieron pocos meses en su parroquia castrense, por no poder sufrir los horribles padecimientos y privaciones y peligros, inseparables de la guerra. Nuestro Poeta fué mas constante en su puesto, el cual no abandonó jamás, ni en el tiempo que duró la lucha civil, ni después del mes de Julio de 1840 en que aquella terminó en las montañas de Berga.

Tenemos á la vista una copia literal legalizada en toda forma de la hoja de servicios de nuestro Párroco militar, con cuyo motivo vamos á extraerla, y á decir con todo el posible laconismo las acciones de guerra á que asistió el vate, acompañando á sus feligreses, como era deber suyo.

En 1836. En la acción de Murguía (Alaba), el 31 de Agosto, dependiendo de la Brigada que formaban el regimiento de Extremadura y el segundo batallón del *Inmemorial*. La mandaba el Coronel D. Nicolás Minnissir, y la división el General D. Marcelino Oraa. El 10 de Noviembre, en la acción de las Estacas de Trueba (montañas de Santander), á las órdenes del Brigadier D. Ramon Castañeda (Vizcaya), en las de Cartrejana y Baracaldo, el 27 y 28 del mismo. En las de Azúa, Arriaga, Puente de Luchana, y Altura de Banderas, los días 2, 5 y 24 de Diciembre. Mandaba la Brigada el citado D. Ramon y el ejército D. Baldomero Espartero.

1837. El 3 de Febrero entró de guarnición en Bilbao, y el 3 de Marzo en Portugalete, donde permaneció de guarnición hasta el 12 de Julio, que se embarcó para incorporarse al ejército de la izquierda. El 18 de Agosto pasó de guarnición á Vitoria, donde residió hasta el 17 de Di-

ciembre, que volvió de nuevo al mismo ejército en las montañas de Santander.

1838. Estuvo en las acciones dadas en Villalva (Valle de Mena), el 19 de Febrero; de Baranda el 15 de Marzo; de Bendejo (Liebana) el 21 del mismo. Mandaba la división de ocho batallones el General D. Manuel de Latre. El 20, 21 y 22 de Junio se halló en el sitio y ocupación de Peñacerrada y Castillo de Ulizarra.

1839. El 2 de Enero se encontró en el cerco y ocupación del puente de Udalla y baluarte de Quintana, y posteriormente en el sitio de Ramales y ocupación de Guardamino, asistiendo á las acciones del 27 y 30 de Abril, 9 y 11 de Mayo. Mandaba las operaciones el Conde de Luchana. El 25 de Diciembre con la brigada que mandaba el Coronel D. Atanasio Aleson se halló en la acción de Ejulbe (Aragón).

1840. Con la división acaudillada por el General Don Joaquin Ayerbe, se halló en el sitio de Castellote desde el 20 hasta el 25 de Marzo, y en la toma del fuerte de Ares el 27 de Abril, y en todo el sitio de la plaza de Morella desde el 23 al 30 de Mayo. Mandaba los ejércitos reunidos el Duque de la Victoria. Siguió con su batallón á Cataluña, donde residió hasta la feliz terminación de la guerra civil de siete años. Quedó de guarnición, primero en Cervera, Igualada y Cardona, y finalmente en la ciudadela de Barcelona, de la que salió en 28 de Diciembre para las guarniciones de Girona, Olot, Amer, Puigcerdá y la Seo de Urgel. En dichas poblaciones residió hasta mediados de Diciembre, que volvió á la capital del Principado con motivo del bombardeo de Barcelona. El 22 de dicho mes fué destinado su regimiento á la guarnición de Madrid, con cuyo motivo emprendió la marcha nuestro Capellán, por el camino de las Cabrillas, y saludando de paso la ciudad del Cid el día 1.º de 1843; llegó con sus feligreses pocos días después á las orillas de Manzanares y á la Corte de los últimos reyes de España. Pocos meses residió en Madrid, pues el 21 de Junio salió con su regimiento para Albacete y Chinchilla, de cuya ciudad partió para Sevilla con el tristísimo y aciago motivo de su terrible bombardeo en el verano del citado año. En 10 de Setiembre fué destinado á la guarnición de Málaga donde permaneció mas de un año; época en la que ascendió en su carrera, por haber sido nombrado Capellán del tercer batallón de Ingenieros por el Ilmo. Señor don Juan Lopez Pelegrin, Vicario General interino de los ejércitos españoles.

De una certificación que tenemos á la vista, firmada en Granada á 30 de Setiembre de 1844, por el Sr. D. Francisco Perurena, Coronel del *Inmemorial del Rey*, primero de línea, con el V.º B.º del Teniente Coronel Mayor, D. José Eustaquio de Castro, resulta que D. Gaspar Bono desde el 25 de Diciembre de 1836 hasta fines del siguiente Junio asistió con la mayor puntualidad á los hospitales de Bilbao, Olaveaga y Portugalete, desempeñando el mismo sagrado deber en los hospitales de sangre de Peñacerrada, Ramales, Castellote, Ares y Morella, durante el sitio y ocupación de estas poblaciones por las armas de la Reina.

(Se continuará.)

DOMINGO HÉVIA.

CLEMENCIA.

(Conclusion.)

EPÍLOGO.

I.

Estaba para terminar el invierno del año de gracia mil ochocientos cincuenta.

Era el medio día, y un sol radiante, hermosa ofrenda de la bondad de Dios á la reina de Andalucía, derramaba torrentes de luz y hacia el ambiente tibio y delicioso.

Una señora, de aspecto noble y distinguido, vestida sencillamente de luto, seguía la calle de San Fernando, hacia la puerta Nueva, y dirigía alrededor suyo tristes y dulces miradas, como si saludase en aquellos muros antiguos á inolvidables amigos.

Difícilmente podía verse una fisonomía más simpática, ni cuyos rasgos revelasen mejor la bondad del corazón. En su frente, blanca como el alabastro, sobre la que se agrupaba sin artificio el cabello como hilos de plata, se notaba la serenidad del alma, al par que un sello de tristeza infinita, dejaba comprender no la había logrado sin luchas ni dolores.

Era Clemencia, idealizada por el tiempo y sus amarguras, que volvía á su patria como la sombra de un cuerpo que ya no pertenece á la tierra.

Qué había sido de ella durante tantos años? ¿Qué nuevo capricho de la suerte la traía á los lugares tan llenos para su corazón de dolorosos recuerdos?

Si cuando moribunda se alejaba de Sevilla y con los ojos enrojecidos del llanto, le daba un eterno adiós, le hubiesen dicho que había de vencer á la muerte que la amenazaba y el amor por quien moría, solo hubiera contestado con un gemido de incredulidad y de dolor.

Vivir muchos años sin esperanza, sufrir cada día el suplicio de Tántalo, verse sola y en las tinieblas del caos, sin hallar ni una estrella de consuelo ¿era esto posible?

Sin embargo, el huracán que destruye los robles centenarios, doblega hasta el suelo sin troncharse la débil caña que se mece al borde de los arroyos, la desgracia abatió á Clemencia casi hasta el sepulcro, la fe la volvió á levantar á la vida.

Años y años de crueles sufrimientos costó á la pobre alma dominar al corazón, esclavo rebelde que no permitía sufrir el yugo. Al fin el alma obtuvo la difícil victoria, y Clemencia logró hallar algunas horas de calma y de luz.

Los corazones como el suyo solo aman una vez, así el mundo no podía brindarle consuelos en este sentido, pero de las cenizas de su amor muerto brotó radiante y magnífica la llama de la caridad.

Propúsose en nombre de Dios y de aquel imposible que tanto la había hecho sufrir, olvidarse de sí para atender con solícita ternura á cuantos necesitaren sus cuidados y auxilios.

Desde entonces su vida fué un perfume continuo de buenas obras y sacrificios llevados á cabo con dulce paz y conmovedora resignación.

La desgracia y los engaños que hacen malos y ruines á muchos seres, son crisoles donde se prueba el oro de la verdadera virtud. El amor que podía haber perdido á Clemencia, fué el germen de una bondad inmensa que se reflejaba hasta en la más insignificante de sus acciones.

II.

Jáime, el hermoso niño rúbio, que como un ángel salvador arrancó á Clemencia y á su abuelo de Sevilla, era en esta época un hombre lleno de años, sufrimientos y deberes, alrededor del cual se agrupaba una familia compuesta de una esposa buena y digna como él, varios niños, pedazos adorados del alma de sus padres, y Clemencia, ángel de paz en el hogar doméstico, donde vivía amada y respetada por todos.

A pesar de que su posición distaba mucho de ser brillante, Jáime nunca había pensado separar de ellos á su buena tía, y ésta, que comprendía mejor que nadie el valor de los sacrificios, los pagaba con sostener una atmósfera de paz alrededor de la familia y azul el cielo del matrimonio, en el que su bendita influencia no había permitido jamás ni la nube más leve.

Una serie de acontecimientos desagradables en su mayor parte, hicieron que Jáime volviese á Sevilla, y he aquí por qué á pesar de su repugnancia, Clemencia pisó de nuevo el suelo de su patria con el corazón purificado y la frente ceñida con la diadema de hielo de la ancianidad.

III.

¿Dónde iba enlutada y sola este día?

Era una hija piadosa y tierna, y la primer visita la dedicaba á su madre.

Salió al prado de San Sebastian, y dirigió sus trémulos pasos al cementerio, sintiendo oprimírsele el corazón á medida que se aproximaba.

La reja estaba abierta: el conserje sentado en una piedra con la estóica indiferencia del que vive siempre entre los muertos, cantaba á media voz y fumaba mientras recibía perezosamente los benéficos rayos de un sol primaveral.

Clemencia entró, y por algunos momentos se detuvo aniquilada por la emoción que sentía, procuró dominarse y lo consiguió con trabajo; entonces adelantó suavemente como si temiera despertar con el rumor de sus pasos á los que dormían el eterno sueño.

No hay nada que contraste más con la tristeza de los cementerios, que la luz brillante y dorada del sol. Las galas de la naturaleza, son como las sonrisas de la felicidad ante las angustias del dolor; las nubes plomizas del invierno armonizan más con el luto de aquellos lugares, y es preferible ver las losas con un velo de niebla espesa y fría, que acariciadas por un sol que no ha de dar vida á los restos que encierran.

Clemencia se dirigió al ángulo donde se encontraban los adorados restos de su madre.

Todo estaba como ella lo dejó; al pie del nicho la naturaleza y el descuido habían formado un grupo de enredaderas silvestres, cuyas primeras semillas llevó Clemencia. Arrodillóse como delante de un altar, y por al-

gun tiempo los sollozos y las palabras brotaron á torrentes de sus lábios.

¡Dolor es este que nadie puede comprender si no lo sufre!

Cuánto tiempo permaneció llorando y rezando no lo hubiera podido decir, porque las horas en que se reza al pie de la tumba de una madre no hay reloj que pueda medirlas.

Levantóse al fin, echó hácia atrás su velo de luto, y se inclinó para besar la losa.

Pero un estremecimiento mortal la detuvo.

Acababa de ver al lado de la de su madre otra lápida de mármol negro como el azabache, sobre la cual brillaba fatídicamente la blanca encomienda de San Juan.

Clemencia miraba y no veía: las letras de oro del epitáfio daban vueltas ante sus ojos con vertiginosa rapidez.

Dos veces aquella cruz terrible había brillado ante sus ojos para desgarrarle el corazón: la primera en un traje negro, la segunda en una losa negra también.

Durante algunos minutos permaneció inmóvil y anonadada. Después, un nuevo dolor que dominó sus demás dolores, le hizo sentir nuevamente la vida y mirar.

¡Ay, no se engañaba! al pie de la encomienda y tras de larga enumeración de títulos y distinciones, leyó:

„D. Félix de Mendoza, caballero gran cruz de la Orden de San Juan de Jerusalén, sacerdote ejemplar. Rogad á Dios por él.“

¿Qué pasó en el alma de Clemencia ante aquellos dos nichos que encerraban los dos grandes amores de su vida?

No hay pluma que pueda referirlo: los ángeles solos que recogieron sus lágrimas habrían podido contarlas.

El sol descendía al ocaso y el cielo se cubría de nubes como crespones de oro.

El lejano murmullo de la ciudad llegaba como un eco á la mansion de los muertos, y Clemencia permanecía arrodillada y en oración al pie de las dos tumbas.

El conserje, al dar la última vuelta, la apercibió:

—Señora, dijo con toda la cortesía que pudo, es hora de cerrar.

Aquella voz le devolvió el sentimiento de la realidad; quizás en su delirio juzgaba la pobre mujer estar reunida á los seres que tanto había amado.

Enjugó sus ojos, besó piadosamente las dos losas, miró al cielo azul y diáfano para pedirle nuevas fuerzas, murmuró un „Adios“, tristísimo, mas bien con el corazón que con los labios, y se alejó del cementerio con un dolor más en el alma.

En aquellas horas de amarguras sin nombre, vió también las sombras de su amante y su madre, que tanto atormentaron los febriles insomnios de su juventud, radiantes y trasfiguradas sonreírle amorosamente.

IV.

El título religioso que ennoblece la lápida de D. Félix nos revela cuál fué su vida después de la marcha de Clemencia.

El dolor de ella abrió sus ojos á la luz, la fe divina completó la obra, y el galante y aturdido caballero, fué desde entonces humilde entre los humildes y piadoso entre los piadosos.

Como ella dedicó su vida á la caridad y aquel alma entusiasta y ardiente, celosa del bien de las almas, atrajo muchas al buen camino, en reparación quizás de las que en sus primeros años había extraviado.

La fuerza de Clemencia, niña tímida y delicada, le hizo avergonzar de su debilidad, y los resultados fueron una serie de obras dignas del Dios que se las inspiraba.



PARIS.—VISTA DE LA GRAN CASCADA DEL BOSQUE DE BOULOGNE.

Qué más podemos decir de Clemencia?

Lámpara de dulce y bendita luz, tuvo cada día más destellos magníficos y hermosos en bien de todo el que sufría. Amor y cuidados á los niños, esmero á los que padecían, consejos á los débiles, reprensiones suaves y consuelos divinos, he aquí su vida.

V.

Dios al fin la llamó á su lado para premiar su abnegación y sus dolores.

Murió amada y bendecida hasta el postrer instante, y

rodeada en su lecho por las criaturas, que debían á su ejemplo y sus enseñanzas la vida de la inteligencia y el espíritu.

No busqueis su sepulcro entre los suntuosos de mármoles y oro, las flores que se plantan en jarrones de pórfido, no suelen tener el perfume de la humilde violeta de los valles; solo una losa blanca como su alma, indica el lugar donde aguarda la resurrección eterna.

Pero algunas letras grabadas en ella, y que son como un aroma de sus virtudes, dicen así:

„Dios la haya dado tanta gloria como bien hizo.“

Qué epitáfio más digno de Clemencia?

ISABEL CHEIK.

CÓRDOBA.

¿Quién si no ha visitado á la hermosa ciudad de los Califas no desea visitarla: quién, si ha admirado sus bellezas, no desea volver á verlas?

La posición de Córdoba es una de las más deliciosas que pueden concebirse. A su espalda, lo más ameno y pintoresco de Sierra Morena, á sus pies las aguas cristalinas y caudalosas del Guadalquivir, en su contorno una extensa llanura, verdadero canastillo de flores, y encima un cielo purísimo que todo lo dora y lo embellece.

Aunque sus calles son estrechas, los edificios son cómodos y de buena arquitectura, sobresaliendo entre todos la catedral fabricada para mezquita por el rey Abderramen en el año 787, y que fué la más suntuosa que tuvieron los mahometanos después de la gran casa de Meca. Tiene 29 naves á lo largo y 19 á lo ancho, sostenidas por más de 400 columnas de mármol y jaspe de diferentes colores, que se sacaron de las montañas vecinas, y forman varias calles á semejanza de un vastísimo olivar. Las bóvedas son bajas á proporción de la magnitud del templo, excepto las del crucero, que es obra moderna y de bella arquitectura.

El retablo mayor es obra magnífica de jaspes exquisitos, adornada con estatuas de mármol y pinturas del célebre Palomino. El tabernáculo es también de ricos mármoles, termina en cúpula y linterna, y tiene varias estatuas de delicado gusto. Los pulpitos y sillería del coro son obras incomparables, siendo digna de particular mención la capilla del Alcoran, vulgo del Zancarrón, enriquecida con mosaicos é inscripciones árabes, y el patio de

los naranjos que está formado sobre inmensas bóvedas cubierto de naranjos, limones y otros árboles frutales con una fuente abundantísima en el centro. Construyólo Abderramen III en 957, y se ven en él muchas inscripciones romanas y árabes.

Una ciudad tan espléndidamente embellecida por el arte y la naturaleza, no podía menos de producir muchos hombres eminentes.

Córdoba es patria de los dos Sénecas, de Lucano, de Avicena, de Averroes, tan célebre por sus virtudes como por su ciencia en los anales de la Mauritania, y de los escritores y poetas modernos Ambrosio de Morales, Agustín de Oliva, Juan de Mena, Luis de Góngora y Martín de Roa.



N.º 1. 182.

1084

EL CORREO DE LA MODA
Periodico ilustrado para las Senoras.
Plaza de Prim II, 3.

PARÍS.—VISTA DE LA GRAN CASCADA DEL BOSQUE DE BOULOGNE.

La capital de Francia, como el fénix, ha renacido más espléndida si cabe, más brillante, de sus propias cenizas. En los festejos celebrados en honor del Shah de Persia, ha desplegado un lujo y una magnificencia que deben haber deslumbrado áun al mismo monarca, acostumbrado á las magnificencias del Oriente.

La fiesta celebrada en Versalles ha sobrepasado á cuanto puede soñar la imaginación, viéndose tan solo deslucida por la inmensa multitud que todo lo invadía. En cartas que recibimos de París nos dicen que apenas quedan huellas en la gran ciudad de los sufrimientos pasados, y que el célebre é histórico bosque de Boulogne, ha recobrado como por encanto toda su frondosidad y lozanía.

NICASIO ALVAREZ.

CONSIDERACIONES

SOBRE LA BATALLA DE LAS NAVAS
DE TOLOSA.

Hay en la historia patria una página brillante que, narrando la batalla de las Navas de Tolosa, aviva el entusiasmo de todo español, significa las más preciadas virtudes, encarna lo más heroico del sufrimiento; y que al escribirse, en fin, en los anales de Castilla, abatió para siempre á los musulmanes, asombró á los extraños, é hizo que nuestros antepasados adelantasen prodigiosamente en beneficio de su perdida libertad.

Una reñida batalla, á la que sigue una completa victoria, parece cosa de poca importancia, y sin embargo, la tiene muy grande en la historia de las naciones; porque en la lid, mas que en las armas, vencen los principios, á merced de los cuales viven las sociedades en su desarrollo y en su crecimiento. Es digno de fijarse con detenimiento en la batalla de las Navas de Tolosa, para demostrar que en aquel campo, monumento imperecedero levantado á las glorias de España, hubo algo más que el triunfo sencillo de dos ejércitos, porque tuvo lugar el choque de dos civilizaciones, la española sobre la agarena, decidiéndose desde entonces, para siempre, que nuestra Península no había de ser esclava del fanatismo musulmán.

Principiaba á correr el siglo XIII, y ocupaba el trono de Castilla un rey al que la historia llama Noble y Bueno, y que tiene el glorioso nombre de Alfonso VIII. Había este ajustado una tregua de doce años con los moros, y aún subsistía la concordia, cuando al surgir diferencias entre castellanos y leoneses, creyeron los musulmanes que era llegado el momento de nuestro total exterminio. Los almohades alcanzaron algunas victorias, ensangrentaron el reino con un triunfo en Alarcos, y juzgaron invencibles sus banderas; así que, tomando nuevos bríos, se aprestaron temerarios para luchar, seguros de que sus armas no podían dejar de vencer: la Providencia, sin embargo, que cuida de los pueblos y de los hombres, guiándolos á su último fin, lo tenía dispuesto de otra manera en sus inescrutables designios.

Veamos ahora algunos de los antecedentes que prepararon de un modo conveniente el maravilloso acontecimiento que nos ocupa; con efecto, ya en el reinado anterior, había sido conquistada la Ciudad de Toledo, y con esto parecía ganado para siempre el predominio sobre los moros; pero no sucedió así, por que el Africa, en sentir de un distinguido escritor (1), fué para España lo que el Norte para Roma, un semillero inagotable de hordas salvajes, que empujadas las unas por las otras como las olas del embravecido mar, nos pusieron en trance de muerte en Zálaca y en Alarcos, y parecía que, llegado el caso, vencerían con su proverbial fiereza en las Navas de Tolosa.

Los españoles, sin embargo, amaestrados en la escuela del infortunio, no permitieron verse humillados por los hijos del Profeta, y el noble príncipe que empuñaba el cetro, empleó su valor en defensa de la patria, y su pru-

dencia en los cuidados del gobierno, lavando, si necesario fuese, las manchas que hubieran podido oscurecer su buena opinión y merecida fama. Un rey como lo fuera Alfonso VIII, que desde la niñez significó las más preciadas virtudes, no debía permitir que los enemigos de la Religión adelantasen ni un solo paso en el camino de sus desatadas victorias; ántes al contrario, los contendría según sus deseos, como lo hizo en la memorable jornada que pasamos á referir.

Abdelumen, que es el Atila del Mediodía, había prestado robusta existencia al imperio de los almohades; juró imprudente que había de ondear el estandarte de Mahoma sobre San Pedro, á la manera que el denodado jefe de los hunnos soñó que convertía aquella basílica en establo de sus briosos corceles. Mahomed, que después de

reunir en Cuenca á los aliados, y lo pone en conocimiento de la Cabeza visible de la Iglesia. Y entonces Roma, que es y fué siempre la ciudad de los grandes destinos, clave de las mudanzas profundas en el desenvolvimiento de las naciones, consuelo de los infortunios, y salvación, en fin, de las sociedades, tanto antiguas como modernas, se conmueve y se contrista al saber la situación angustiosa de nuestro país, y con voz fervorosa y enérgica, exclama que no es solo en la Palestina donde se ve comprometida la cristiandad, sino que también en España, centinela avanzado de la Europa; y en su virtud, Inocencio III publicó la Cruzada, que predica digna y fructuosamente el celo arzobispo de Toledo: nuestros guerreros se fortifican ántes que todo con las santas armaduras que les prodigó cariñoso el padre común de los fieles, y ya dispuestos y serenos, esperaban impacientemente la orden de combatir.

La imperial Toledo se designó para cuartel general de los cruzados, y allí se aprestan con Alfonso VIII los reyes de Aragon y de Navarra, tropas de Leon y Portugal y algunas huestes extranjeras, que á decir verdad, se retiraron casi todas ántes de entrar en campaña, y de pelear con el enemigo común: habían llegado también crecidos refuerzos á las filas agarenas, y en tal caso, las desvastadas tierras de Castilla, que no se mostraban con abundantes frutos, parecían producir soldados, siendo fecundada la pobreza por lo encendido de su fe y por la esperanza del vencimiento.

Cerca de Úbeda, entre Sierra Morena y el Guadalquivir, fué el paraje en que habían de luchar castellanos y musulmanes: nunca se habían visto en España huestes tan numerosas y aguerridas: Alfonso acreditó en aquella ocasión que era el héroe de los héroes: nunca se dieron órdenes con más prudencia, ni se ejecutaron con más puntualidad: el gran monarca que mandó esta expedición, era entusiasta del Cristianismo, como lo acreditó por las disposiciones religiosas con que él y todos sus soldados fueron valientes al encuentro del enemigo.

Cinco ejércitos poderosos tenían dispuestos los sarracenos, y hubiera impuesto al guerrero más decidido aquella multitud de tribus indómitas, de razas incultas y de jentes feroces: allí estaba el africano fanático, que á la voz de su Iman desea borrar el nombre cristiano: no iba entonces el musulmán, según su costumbre, á defender su frontera ó hacer una entrada en nuestro campo para robar y retirarse en seguida; iba, sí, á hacer un gran esfuerzo su fanatismo en contra de los cristianos españoles: todos los hijos del desierto parecían gloriarse en nuestra humillación por ellos deseada, y lo mismo los etíopes, que lo sabinos y los nómadas, los del Sies, que los del Zarfán, los Masamudas, que los Howaras, todos á cual más, deseaban beber la sangre del cristiano.

Cuenta la Historia, que en esta situación y trance difícil, emprenden desde Toledo su marcha los Cruzados, y llegan por último á un paraje donde acampados ventajosamente los musulmanes, quizá hubieran hecho perecer á los nuestros, si un pastor que Madrid venera como patron, y la Iglesia cuenta entre sus santos, no hubiera mostrado un sendero desconocido por donde evitaran con prontitud la derrota que les aguardaba, el cual los condujo á un sitio en que dominando al enemigo, pudieran pelear con esperanzas y condiciones de triunfo: hiciéronlo así, y refiere la tradición, que á favor de las tinieblas de la noche y de aquel sendero, pudieron acampar sin que se apercibieran los contrarios, que al día siguiente quedaron sorprendidos de aquella extratajema, y comprendieron que su causa era perdida para luchar con cristianos, y con cristianos españoles.

La batalla se dió el día 16 de Julio de 1212; lucía un día hermoso y apacible; la aurora empezaba á teñir suavemente el horizonte, y el castellano ante un sencillo altar pedía con humildad el favor del cielo; el musulmán, en tanto, recitaba confiado *súras* enteras de su sagrado libro.

Se da la señal del combate, y las voces de los Jefes, la armonía de los atabales, el incienso de los sacerdotes y las desesperadas imprecaciones del Alfaquí, junto todo



LA CATEDRAL DE CÓRDOBA.

otros heredó el reino de aquel monstruo, pero que estaba privado de su inteligencia y de su fuerza, prepara una invasión en nuestra España: predica al efecto el al-galib ó guerra santa, y brinda con los goces del Paraíso á cuantos mueran en la lucha que va inmediatamente á principiar; y por ello vienen de las regiones africanas innumerables bárbaros, haciendo insensato alarde de su indómito poder y de su ciego fanatismo. Con tan amenazadora é imponente actitud, natural era que los príncipes españoles se previnieran para hacer frente y heroica resistencia á aquel desbordado torrente de feroces musulmanes: así que el de Castilla, D. Alfonso VIII, hizo un tratado de alianza ofensivo-defensivo con D. Alfonso de Leon, D. Pedro de Aragon y D. Sancho de Navarra, y al mismo tiempo pidió reverente auxilio al romano Pontífice, ántes todo esto de que espirase la tregua que tenía ajustada con los moros: no tuvo poca parte en tan oportunos preparativos el renombrado arzobispo de Toledo, D. Rodrigo Jimenez de Rada, que tanto valía en el episcopado por su ardiente caridad y celo evangélico, como en los gloriosos anales de nuestra literatura y de nuestra civilización.

Así las cosas, y siendo muy próxima la guerra, fortifica y guarnece el rey de Castilla la ciudad de Moya;

(1) D. Juan Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas.

con el choque de las armas, los gritos de los heridos, y los ayes de cuantos mueren, constituyen aquel campo en una horrible carnicería, de donde no era fácil adivinar si la Cruz había de salir vencedora, ó había de sufrir, como otras veces, el dominio de los bárbaros islamitas. Allí todo era grande; el palenque, la causa defendida, las naciones que se interesaban, el orgullo de los unos, la fe de los otros, y más que todo, la singular bazarra de ambos ejércitos: aquella lucha, según el decir galano de un poeta nacional, semejaba al choque de dos nubes electrificadas, que rodando en el espacio se acercan, y al tocarse producen el trueno que intimida y el rayo que destruye.

El ilustre D. Diego de Haro se distinguió en esta ocasión por su valor, y más por su arrojo en acometer el primero las avanzadas de los agarenos: empeñada la contienda, una nube de dardos parece haber oscurecido el cielo, así como los torbellinos de polvo que se levantan de entre las filas; la tierra, en fin, casi quiere oscilar sosteniendo tan esforzados combatientes: oyese el grito de «¡Santiago!» y ya la esperanza está pintada en todos los semblantes, porque así la victoria no es dudosa, pertenecerá siempre á los ejércitos de Castilla, y como el peñón en alta mar resiste inmóvil las olas del embravecido mar, así los nuestros se sostienen contra el impulso fanático y exterminador de los fieros almohades; ya corre á torrentes la sangre, y desesperados pelean por la muerte ó la victoria; confundidos están ginetes y peones; la raza del Cid, sin embargo, va destrozando con poderosa mano las huestes enemigas, y consigue por último su exterminio, llevando al frente la Cruz de plata que conducía Domingo Pascual, y el estandarte milagroso de la Virgen Santísima.

En resumen; quedó deshecho el imponente ejército africano, la caballería volvió la brida y abandonó á los de á pie, muriendo cien mil hombres en el combate, y quedando sesenta mil en el cautiverio: imposible parece que de los castellanos, según el testimonio de los mismos escritores árabes, faltasen solo treinta entre muertos y heridos. Los guerreros de la Cruz dieron gracias al Señor que había oído sus votos, y entonaron en el mismo campamento un solemne *Tedéum*, que expresaba de un modo exacto su gratitud y reconocimiento; y los soldados volvieron de esta empresa valientes y contentos porque á través de las *Navas de Tolosa*, veían en horizonte sereno el día venturoso de nuestra suspirada independencia, aquel dichoso momento en que el estandarte de Castilla ondease en las almenas de la pintoresca Alhambra.

Poco tiempo después fué la toma de Úbeda, que verificada por Alfonso el Bueno, se elevó sobre un pavé de inmarcesible gloria, muriendo en paz á los 56 años de edad, lleno de virtudes, y rico de merecimientos.

La Providencia es innegable que estuvo al lado de Alfonso VIII, pues de otro modo, y fiado solo en el auxilio humano, hubiera tenido que sucumbir; por eso la Iglesia que amparó y coadyuvó siempre á los nobles esfuerzos y á las obras dignas, unió sus cánticos de alabanza al himno del soldado, é instituyó, para conservar la memoria de tan fausto suceso, una fiesta religiosa con el título del *Triunfo de la Santa Cruz*. Y á decir verdad, la victoria no dependió en esta ocasión de los azares de la guerra, sino de otras causas más altas.

Mohamed-bun-Abdalá, conocido por el Nazir, no fué el que luchó con Alfonso, fué sí la impotencia del islamismo contra la religión cristiana, que no destruye ni se altera aunque los siglos pasen y sucumban los Estados; á no haber sido así, la empresa de Castilla hubiera sido la más temeraria de cuantas refiere la historia de todas las naciones, habida consideración á la superioridad del enemigo.

Para concluir, observaremos cómo la batalla de las Navas preparó, si no llevó á cabo la destrucción del islamismo en España, introdujo el desaliento, confusión y congoja en el campo de los infieles y en sus ciudades populosas, por donde pasaron efímeros conquistadores. Desmembrado ya el imperio musulmán, varios jefes independientes, y con frecuencia enemigos, se disputaron su ensangrentado cadáver: poco después aparecen don Jaime de Aragón y D. Fernando III de Castilla, que conquistando á Valencia y Sevilla, señalan el último período del mahometismo en España, que es el de su ruina y destrucción en tiempo de los Reyes Católicos.

Granada 24 de Abril de 1873.

FRANCISCO DE PAULA VILLA-REAL Y VALDIVIA.



HISTORIA DE UN PINO.

(Conclusion.)

Volví un día y otro día, y un día y otro día sentado junto al hogar, al lado de tus padres, pude apreciar paulatinamente todas las gracias de tu espíritu infantil, como había apreciado ántes las gracias de tu belleza.

—Vuestra hija es hermosa, le dije un día á tu padre.

—Pero es catalana y honrada.

—Yo quiero elegirla por compañera de mi vida.

—Vos sois hermano del Conde de Barcelona, su presunto heredero, y ella una oscura labradora.

—Solo le falta para poder brillar dignamente en la corte, saber las prácticas del mundo. Tiene trece años: ¿queréis que la eduque como debe estar educada una princesa, jurándoos que solo la volveré á ver cuando su educación se halle terminada, cuando deba llevarla al altar?

Al día siguiente el noble señor de Paredes y su hija Ermengarda, fueron á buscarte, y aunque de esto han pasado cinco años, no hace más que tres meses que gozo á tu lado de la dicha más completa.

Antes solo me permitía el placer de embriagarme desde lejos con el eco de tu voz, de verte desde lejos, y robar al céfiro el perfume que bebía en tus puros lábios. ¡Cuánto me costó recabar el consentimiento para nuestro enlace, de mi pobre hermano Seniofredo! ¡Cuántas lágrimas tuve que derramar ántes de conseguirlo! ¡Dulce hermano, me lo otorgó al morir!.. ¡Es imposible expresar el dolor que me causó su pérdida, y sin embargo, mira si te amo, me halaga la idea de esa corona que debo ceñir á tu hermosa frente!... Sí, me halaga porque me parece que redimo con ella las deformidades de mi cuerpo! ¡Oh, Aymerudis, ahora que va á decidirse ya nuestro destino, seré indiscreto si te pregunto por la vez primera: ¿me aceptas libremente por esposo? ¿Crees que podrás hallar sobre mi corazón paz y ventura?

La joven se puso tan pálida que parecía próxima á perder la vida. Bajó los ojos, guardó silencio, y fué tan profundo el silencio durante algunos segundos, que se oían los latidos del corazón de Oliva, que parecía quererle romper el pecho.

—Os debo cuanto soy, señor, murmuró por fin Aymerudis con voz apagada, mis padres, pobres y oscuros labradores, tienen hoy tierras y ganados; mis hermanos han seguido la carrera de las armas y han llegado á ser ínclitos paladines, me habeis colmado de beneficios! ¿puedo dejar de amaros?

—Aymerudis, exclamó Oliva con pasión, nada pido á la gratitud, todo lo pido al amor.

—¡Os amo! balbuceó la joven entre cerrando los ojos y tendiéndole la mano.

Oliva la cogió con trasporte, quiso responder; pero fué tal su emoción, que solo pudo hacerlo con lágrimas y sollozos.

Por fortuna Ermengarda se acercaba á ellos, y Oliva, corriendo á su encuentro, exclamó fuera de sí:

—¡Ven, mi dulce hermana, ven! Ven á ser confidente de mi alborozo, como lo fuiste siempre de mis recelos y amargura. ¡Me ama! ¡Dice que me ama! ¡Oh! ¡hermana mía, cuéntala, cuéntala tú lo que he sentido por ella, lo que siento, lo feliz que me ha hecho esta palabra!

Y Oliva se alejó tan rápidamente como pudo, porque se sentía desfallecer bajo el peso de su inmensa dicha.

Así que Ermengarda hubo dejado de oír el ruido de sus pasos, se abalanzó hacia Aymerudis, inmóvil y helada como una estatua de mármol.

—¿Le amas? preguntó con voz temblorosa.

Aymerudis pareció despertar de un sueño. Miró en derredor de sí y dijo con tono glacial:

—¡Le amo!

—¡Ah, no es así como una alma joven pronuncia esa palabra, gritó impetuosamente su compañera! ¡Guay de tí, Aymerudis! Oliva tiene un grande, un noble corazón. ¡Guay de tí si le engañas!

—¡Le amo! repitió Aymerudis con el mismo tono.

Ermengarda se alejó, subió precipitadamente la escalera que conducía á su aposento, y al llegar á él, corrió á postrarse ante una imagen de la Madre de los Aflijidos, y exclamó entre sollozos:

—¡Haz, Virgen bendita, que le ame! ¡Haz que le haga siempre muy dichoso!

Pasáronse ocho días.

Oliva había sido ya electo Conde de Barcelona, y todo estaba preparado en la capital para la doble ceremonia de su coronación y su enlace con la bellísima Aymerudis, que debía efectuarse al día siguiente.

Pero ¡ah! que la felicidad no puede ser de este mundo. ¡Por qué cuando el hombre se acerca á la realización de sus deseos, siente frío en el alma, como si presintiera que la dicha es ligero humo, y que al abarcarlo delirante solo estrechará el vacío entre sus manos!

Oliva, al anochecer del día en que iba por fin á ver coronado su casto y respetuoso amor de tantos años, se paseaba á grandes pasos por su estancia.

¿Qué temía? ¿Qué es lo que le agitaba? ¡Ni aún él mismo lo sabía!

A aquella misma hora los leales barceloneses, amantes idólatras de sus monarcas, engalanaban los muros de la ciudad condal para la ceremonia del día siguiente, adornándolos de flores, colgaduras y banderolas; pero ¡ay! ¡que la tarde era nebulosa! ¡ay! que el viento era muy recio, y flores y banderolas todo lo arrastraba entre sus alas.

Oliva, al verlo desde su ventana, sintió que se le oprimía el corazón con un funesto presentimiento, é iba y venía, acelerando cada vez más el paso.

De repente se detuvo, y se llevó ambas manos al pecho, como si le hubiese sentido atravesado por un punzante acero.

Sobre la mesa había un pergamino escrito por una mano desconocida.

Oliva lo cogió rápidamente, corrió á la ventana, porque la luz empezaba á ser dudosa, y quiso descifrar aquellos caracteres misteriosos; pero un velo oscurecía su vista, su mano temblaba, no pudo leer. Se sentó en una silla, enjugó el sudor angustioso que corría por su frente, y gritó con voz, de trueno:

—¡Luces! ¡luces!

Los pajes se presentaron con dos candelabros.

Cuando Oliva se quedó otra vez solo, cogió ávidamente el pergamino y leyó. ¡Ah, por qué no dejó de existir ántes de haber leído! ¡Ah, por qué ha de haber siempre envidiosos de la dicha agena, que como la serpiente, se complacen en emponzoñar el manantial puro y cristalino!

Levantóse Oliva rugiendo como un león herido, y gritó fuera de sí:

—¡Pajes! ¡soldados! ¡escuderos! ¡pronto! ¡pronto!

Su palidez era lívida, sus ojos arrojaban fuego. La estancia se llenó instantáneamente de barones y soldados.

—¡Cojed linternas sordas, ceñíos vuestras armas y seguidme, exclamó Oliva. ¡Estais dispuestos á obedecerme, á matar!..

Los guerreros se miraron unos á otros: creyeron que se había vuelto loco.

—¡A matar á quien quiera que sea, prosiguió con creciente furia; hombre ó mujer, príncipe ó pechero! ¡Pero acaso no me habeis ya elegido? ¡No soy el monarca? Partamos...

Y se abalanzó fuera de la estancia, y los demás embarcados por el estupor, subyugados por el imperio de su palabra, le siguieron en silencio.

La noche había ya amontonado sombras sobre sombras, y la oscuridad más densa invadía los ámbitos de la tierra. El silencio que reinaba en todas partes era profundo, y el cierzo, que revoloteaba por el jardín de la casa de Paredes, pudo recoger ávidamente el murmullo de dos voces.

—Borrell, Borrell, decía la una ¡te amo! ¿Por qué te amo? ¡Yo misma no lo sé! ¡Ah, por tu difunta esposa Lutgarda, por tu tierno hijo, parte, olvídate, te lo ruego!.. ¡Yo no puedo seguirte, no!.. ¡Sería una traición infame! ¡Todo se lo debo á Oliva, al noble, al generoso Oliva, ¿y quieres que le abandone?

—¡Ah, yo también se lo debo todo! exclamó impetuosamente Borrell, el noble Conde de Urgel, ídolo de los cristianos, terror de los infieles; soy el tierno compañero de su infancia, su hermano, su protegido. ¡Parentesco, amistad, deber, todo lo sacrifico á este amor que me abraza el alma! ¡Partamos! Iremos á ocultarnos en un rincón del mundo, nos llevaremos á mi hijo. ¡Tú serás su madre, tú serás la vida de mi vida! ¡Gloria de las armas, brillo del poder, ya nada quiero! ¡Solo quiero ser tuyo! Aymerudis, tuyo! Quiero vivir á tus pies, quiero morir en tus brazos. Ven, sígueme; mis amigos esperan detrás de esa tapia, la escala está puesta... ¿Te niegas aún? ¡Pero no juraste ayer ser mía? ¡Respetas el juramento hecho á Oliva, y conmigo eres perjura? ¡Pero tienes razón, quédate, soy un insensato! ¡Vas á ser condesa, vas á sentarte sobre un trono! ¡No está ya cogiendo flores ese pueblo para alfombrar tu camino? ¡No saluda ya con entusiasmo tu preclaro nombre? ¡Adios, reina, sé feliz! ¿Qué importa que yo entretanto, transido de dolor espere lejos de tí, con el corazón atravesado por las espadas enemigas?

Borrell era el guerrero más apuesto de la época; su rostro era bello, su palabra elocuente, su mirada expresiva.

Aymerudis corrió á arrojarle entre sus brazos.

—¡Vamos adonde quieras, dijo sollozando, haz de mí lo que quieras! ¡Te amo, te amo, Borrell! ¡Oh cuánto te amo!

El guerrero lanzó un grito de felicidad, y cogiéndola entre sus brazos, la arrastró consigo hasta la escala, pero aún no había puesto el pie en el primero de sus peldaños, cuando la escena se alumbró repentinamente, y á favor de la luz de las linternas, vió todo el muro guarnecido de soldados.

—¡Traición! ¡traición! gritó Borrell retrocediendo y huyendo hacia la casa; pero la puerta que daba al jardín se abrió repentinamente de par en par, y Paredes apareció en el umbral, seguido de los pajes que llevaban hachones encendidos.

Entonces Borrell depuso á Aymerudis, casi desmayada en el suelo, y desenvainó el acero.

—¡Yo! ¡yo! gritó Oliva descendiendo por la escala, y desenvainando á su vez la espada, que nadie le toque ¡yo!

Y ambos rivales, ciegos de ira, se precipitaron al encuentro el uno del otro, y sus aceros se cruzaron.

Pero aquel choque metálico les devolvió la razón. Ambos se amaban como hermanos.

—¡Mátame! gritó Borrell con un arranque sublime, arrojando lejos de sí la espada.

—¡Piedad! ¡piedad! exclamó al mismo tiempo Aymerudis, precipitándose en medio de los dos.

Oliva permaneció un instante inmóvil, con los ojos fijos, con los cabellos erizados.

Algo de extraordinario debió pasar en su interior, porque se tambaleó un breve instante como si estuviese ebrio, y dejó caer la cabeza sobre el pecho. Pero luego la irguió con altivez, y volviéndose á los suyos, exclamó con tono solemne:

—Nada hay cambiado en la ceremonia de mañana, más que los nombres. ¡Saludad al ilustre Borrell, Conde de Barcelona, nobles caballeros!

Tan imprevista, tan magnánima era aquella acción,

que todos callaron sobrecogidos de sorpresa; pero Oliva levantó á Aymerudis que se arrastraba á sus pies, y arrojándola á los brazos de Borrell, le dijo dulcemente:

—¡He ahí á tu esposo!

Y mientras poblaban los aires mil gritos de entusiasmo, Oliva corrió á refugiarse en el más apartado bosquecillo, y cuando creyó que ya no podía ser visto, se arrojó en el suelo, hundiéndose la frente en el polvo, y empezó á llorar y sollozar como un niño.

¡Desdichado! ¡El semi-dios volvía á ser otra vez hombre!

Pero de pronto sintió que una mano se apoyaba en su espalda, y oyó una voz dulce que murmuraba en su oído:

—¡Animo, Oliva, eres más grande, más noble, más magnánimo, que cuantos héroes preconiza la fama, por que has sabido vencerte á tí mismo!

Animo, la generosidad y la abnegación encuentran en sí mismas una dulce recompensa.

Oliva levantó la cabeza, y vió á su lado á Ermengarda, con las mejillas enrojecidas por el entusiasmo, y llenas de lágrimas los ojos.

—¡Ah, tú lloras, tú!... exclamó el infeliz, cogiendo su mano con doloroso transporte, ¡tú eres la única que me comprendes y me amas!

Al día siguiente la ciudad condal celebraba con inaudita pompa los desposorios de Borrell y de Aymerudis, y su advenimiento al trono...

—¡Pero y Oliva? exclamé yo vivamente interesada.

—Oliva andando el tiempo se casó con Ermengarda, respondió el anciano. Eran dos almas nacidas para amarse, dos partes de un mismo todo que acabaron por reunirse.

Oliva fué siempre grande, siempre digno de sí mismo, y cuando más tarde, por cesión de su hermano Miron, electo obispo de Gerona, entró á gozar el condado de Besalú y Cerdaña, habiéndose los moros derramado como un torrente asolador por los campos barceloneses, apoderándose de la capital y sembrando por todas partes la muerte y el estrago, él ayudó generosamente á su primo hermano, con tropas y dinero, y no contento aún con esto, peleó á su lado, hasta que la Cruz bendita volvió á brillar sobre las torres de Barcelona.

Oliva vivió feliz, como vive feliz aquel que tiene en el pecho una herida que siempre brota sangre.

Pero murió Ermengarda, murió su ángel bueno, y desengañado ya de las vanas dichas de la tierra, tomó el hábito de monje.

¿Por qué habiendo contribuido á la reedificación del templo de San Miguel de Coxán, y dotado el de monges Benitos de Arlés, quiso venir á morir en este claustro? ¡Ah! porque el austero cenobita veía desde su ventana, como vemos nosotros, ese pino bajo cuyo frondoso ramaje había sorprendido por la vez primera á su Aymerudis! Oliva, como tenía un solo Dios, había tenido un solo amor; pero amor tan casto, tan puro, tan sublime, que no podía ofender las miradas del Eterno.

Por eso, después de haber pasado algunos instantes contemplando las ramas de ese árbol, mecidas por la brisa, bajaba al templo con la sonrisa en los labios para ofrecer al Supremo amor de los amores, las preces de su corazón purificado.

Esa casa arruinada pertenece á unos labradores del pueblo, descendientes de Aymerudis, y en su antiguo archivo existe un documento en el cual consta, que anexa á la propiedad, se halla la obligación de renovar y perpetuar ese pino. Con semejante obligación quiso Oliva hacer eterno en la tierra el recuerdo de su amor, como fué eterno en su alma...

Mientras el anciano narrador hablaba así, las sombras de la noche habían descendido pausadamente de los montes, invadiendo los llanos, y la tierra, adormeciéndose por grados, exhalaba sus últimos dulcísimos acordes.

Abandonamos silenciosamente el claustro, y bajamos á la iglesia. Una sola lámpara alumbraba el augustó tem-

plo. Yo me postré ante el sepulcro de Oliva y Ermengarda, y murmuré una plegaria fervorosa.

Al cabo de algunos instantes, nos hallábamos sobre una de las alturas que cercan á Ripoll, porque era en uno de los pueblecitos vecinos, en donde estábamos hospedados.

La hora era solemne, el silencio profundo. La luna había subido magestuosamente por detrás de los montes, y sus rayos descendían de las alturas, saltando de risco en risco, reflejándose aquí en un charco de agua, envolviendo allá con una sábana de plata los árboles centenarios.

De pronto iluminaron las columnas góticas que sostienen el pórtico de la iglesia, y las efigies y relieves que adornan su portada de granito negruzco, y al mismo tiempo sus argentinas campanas tocaron á las ánimas.

No sé lo que experimentamos al oír su tañido solemne, repitiéndose de eco en eco, porque sensaciones tan inefables no se pueden traducir en el lenguaje vago de los hombres; solo sé que los tres nos arrodillamos instintivamente, y que nuestras almas, por un instante se remontaron sobre las nubes, para buscar el sagrario del Creador Supremo.

—Mira, me dijo mi madre levantándose y señalándome el paisaje, cuadros tan bellos y variados como este, solo se hallan en la hermosa Cataluña...

Han pasado muchos años...

¿En dónde estás, Ripoll? ¿En dónde estás, madre mía?

ANGELA GRASSI.

Explicacion del Figurin 1084.

FIG. 1.^a—Elegante traje de verano.—Vestido de foulard ó sedalina habana de dos tonos. El vestido sin túnica, y que describe alguna cola, lleva por abajo un volante fruncido. Los paños de atrás de la falda van recogidos bajo un lazo de tono más oscuro, y los de costado bajo una ancha echarpe terminada en fleco y adornada con tres tiras de tono más oscuro. El adorno del paño de delante consiste en cuatro volantes orillados á ambos lados por una ruche perpendicular. Las mangas llevan también volante sujeto con un lazo. Chaqueta *Parissienne* de seda negra guarnecida de guipures y lazadas de cinta en la espalda. Gola y mangas de muselina. Sombrero *Cleópatra* adornado con flores encarnadas y lazos y plumas malva.

FIG. 2.^a—Traje de Casino.—Vestido de foulard azul con dos volantes de muselina en el bajo, el segundo adornado con una cinta azul. Túnica de muselina con volante igual todo alrededor, y fichú también de muselina. Por debajo de las mangas, cortas y huecas, del vestido, asoma un encañonado de muselina. Completan este delicoso atavío dos bandas de seda azul, bordadas con guirnaldas de rosas y terminada con fleco de los colores del bordado, los cuales se anudan graciosamente á un lado; prendido azul con una rosa en el cabello, y cinta azul en el cuello con medallón de oro. Este traje es encantador para jovencita.



EL ARMIÑO, EL LINCE, LA GIRAFÁ.

El armiño es parecido á la comadreja, aunque son dos especies distintas: su pelo, como el de aquella, es rojo en verano y blanco en invierno; pero el armiño tiene la punta de la cola negra, y la comadreja amarilla. Esta vive en nuestros climas templados, y el armiño en los del Norte, cuyos ríos pasa á nado para buscar pájaros y huevos. Es animal bastante osado y feroz, y sorprende á los osos y otras fieras, á los cuales se agarra y les chupa la sangre hasta que caen muertos. La piel del armiño es muy estimada, y la punta negra de su cola se vende á mucho precio. El manto de armiño se ha considerado siempre como símbolo de la soberanía.

El lince, al que se llama también *lobo cerval*, porque su aullido se parece al del lobo, y por su afición á perseguir á los ciervos, vive comunmente en los países septentrionales de ambos hemisferios, tiene la mirada suave, el aire agradable, y la vista tan perspicaz, que ha dado origen á la expresión proverbial, *ojos de lince*. Su pelo es de un pardo claro, con manchas negras irregulares, y más pronunciadas en el macho que en la hembra; pero menos vivas que las de la pantera. Sus orejas son mayores que las de ésta, y en su punta tienen un mechón de pelo negro, que no se conoce en ningún otro animal. Su cola es corta y negra en su extremo.

Es tan ligero, que ninguna presa consigue escapársele, como no sea el javalí, metiéndose entre los matorrales.

La girafa es un animal de hermosa presencia, y el mayor de los cuadrúpedos después del elefante: tiene el pelo de un blanco leonado con manchas rojizas, muy inmediatas unas á otras y de figura oval, que se van oscureciendo conforme el animal avanza en edad.

Estas manchas son más menudas en la cabeza, que se parece bastante á la de la oveja: su labio superior se prolonga hasta dos pulgadas sobre el inferior; sus ojos son grandes y rasgados, con una especie de pestañas formadas de pelos ásperos. Tiene en la frente dos cuernecillos inclinados hacia atrás con una especie de botón en la punta, cubiertos con pelos negros.

La postura de la girafa seduce á primera vista, pero sus miembros son desproporcionados, su elevación desde los pies delanteros hasta la cima de la cabeza es de 16 pies, y el cuello tiene seis pies de largo, mientras las patas de atrás son cortas, de modo, que para pacer la yerba, tiene que arrodillarse.

La girafa es un animal muy manso, tímido y medroso, y habita en las llanuras de Etiopía ó de lo interior de África: van comunmente en manadas de diez ó doce.

La palabra girafa es árabe, y significa camello *pardal*, nombre que se le dá por su semejanza con el camello en la figura, y con el leopardo en las manchas de la piel.

BENIGNO DONCEL.

BIBLIOGRAFIA.

Las letras pátrias están de enhorabuena, y también lo estamos nosotros al tener que dar cuenta de los brillantes triunfos obtenidos por jóvenes discípulos de las Musas, que á pesar de su juventud, han inscrito ya su nombre en el templo de la fama.

La espiritual escritora doña Concepción Jimeno, acaba de publicar su bellísima novela, en dos tomos, titulada *Victorina* (1) en la cual campean á la par de las galas del lenguaje, la sublimidad de los caracteres y la elevación de las ideas. Su autora, con una modestia propia de su talento, nos había pedido un juicio crítico; pero después de saborear las innumerables bellezas de la obra, nos vemos en la imposibilidad de complacerla, pues solo ha-

(1) Se vende en casa de su autora, Farmacia, 6, bajo, Madrid.

llamos en sus páginas motivos de admiración y aplauso.

Nos limitaremos por lo tanto, á manifestar á nuestras lectoras, que el producto de la novela está destinado á la Beneficencia, y que adquiriéndola, reportarán dos ventajas, la de ilustrar su espíritu y la de socorrer al necesitado. La autora de *Victorina*, que demuestra en esto la nobleza y generosidad de su alma, ofrece remitir á las suscriptoras de EL CORREO su obra al precio de Madrid y franca de porte.

La conquista de Madrid se titula una novela que están publicando los entendidos Editores Sres. Murcia y Mar-



LA GIRAFÁ.



EL ARMIÑO.



EL LINCE.

ti, debida á la bien cortada pluma de la señorita doña E. Feijóo y de Mendoza. No necesitamos hacer su elogio á nuestras suscriptoras, que con tanto interés han leído *El antifaz de terciopelo*, que acaba de publicar EL CORREO, y podemos asegurarlas, que la nueva producción no solo iguala, sino que sobrepuja en mérito á esta. Esperamos con impaciencia que esté terminada, para prodigar á su autora los plácemes merecidos.

El inspirado poeta, que también más de una vez ha enriquecido las páginas del CORREO con sus bellas producciones, D. Luciano García del Real, acaba de publicar, en la escogida biblioteca humorística *El pícaro mundo*, una novela, que bien puede llamarse drama íntimo, titulada *Paloma y Aguila*. Caracteres bien delineados, interés sostenido hasta el fin, y contrastes deliciosos, hacen de esta novela una obra agradabilísima y que honra sobremedura á su autor. *Paloma y Aguila*, por lo interesante del argumento y la delicadeza de los detalles, está destinada á vivir mucho tiempo, y á dar al señor García del Real tanto producto como le ha dado ya de gloria.

Terminaremos esta breve reseña enviando nuestras entusiastas felicitaciones al Sr. D. Francisco de Paula Franguesa, por su hermosa composición á la Virgen, premiada con el primer accésit en el Certamen literario celebrado en Granada el 8 de Diciembre de 1872. Es una poesía tiernísima, que justifica por completo el fallo del Jurado.

GERARDO LOPEZ.

CORRESPONDENCIA.

Desde mi celda.—El Sr. D. Antonio de Paz, de Santander, le remitirá á V., si lo desea, una de sus máquinas de ceser, que son las mejores, más seguras y más económicas que se conocen, acompañando el envío con una explicación detallada. Creo que me dará V. las gracias si sigue mi consejo.

Frente al mar.—Para usar el agua destinada á disipar las ojeras, se empapa en ella una muñequita de lienzo, y se humedece un poco la piel antes de acostarse. Es una cosa sumamente sencilla é inofensiva.

Entre los rosales.—No olvide V. que la mujer que tenga el busto largo debe llevar tacones altos, y la que lo tenga corto el peinado alto.

Después de publicado el número literario anterior, hemos recibido la siguiente solución á la charada inserta en el del 26 de Junio último.

Oro tengo en mi gaveta
Y péndola en mi reló,
Y el todo en dorada jáula
Me sirve de distracción.

AGAPITA RUIZ MEDRANO.

Soluciones á la charada inserta en el número 26 del CORREO, correspondiente al 10 de Julio, por la excelentísima Sra. Marquesa del Acerto, de Madrid; Doña Ignacia Trabadillo, de Villafañal, Doña Escolástica Dorcas, de Santander; Doña Higinia Campomanes, de Pamplona; Doña Segunda Martínez, de Sevilla; Doña Dolores Estruch, de Lérida; Doña Ignacia Lafont, de Barcelona, y los Sres. D. Santos Gutierrez, de Sevilla, y D. F. V. de Granada.

CHARADA.

De la baraja española
Es náipe prima y segunda,
Y la tercera y la cuarta
En las escuelas abunda.
Es instrumento preciso,
Sin que en ello quepa duda:
La segunda con la cuarta
Es un juego que me gusta.
Y parte muy integrante
De una antigua vestidura,
Unidas naturalmente,
La cuarta con la segunda.
En conclusión, esta misma,
Si á la primera se junta
Un nombre reverenciado
De un poeta ilustre anuncia.
Es de un edificio parte,
El todo que aquí me ocupa,
Y su nombre pertenece
Al arte de arquitectura.

JERÓNIMO COUDER.

ADVERTENCIA.

La Administración de EL CORREO DE LA MODA, en Barcelona, se ha trasladado á la misma calle del Carmen, núm. 37, cuarto 3.º, en donde se servirán las suscripciones que se pidan y atenderán con suma exactitud á todas las reclamaciones.

UNA HIJA DEL SIGLO.

novela original
POR MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Se vende en esta administración, al precio de 4 rs., y se remite á provincias, franco de porte, á los que envíen 12 sellos de 10 céntimos de peseta.

OBRAS DE DOÑA ANGELA GRASSI,

QUE SE HALLAN DE VENTA EN ESTA ADMINISTRACION.
Los que no siembran no cogen, novela de costumbres, que forma un elegante tomo, 6 rs.

Las riquezas del alma, dos tomos, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias.

Para las señoras suscriptoras á EL CORREO DE LA MODA, 8 en Madrid y 10 en provincias.

Colección de poesías, un tomo 10 rs., y 5 para las señoras suscriptoras á EL CORREO DE LA MODA.

También se halla de venta el *Tratado de Labores*, ilustrado con preciosos grabados, y cuyo precio es 8 rs. en Madrid y 10 en provincias, franco de porte.

RODAJA PARA SACAR PATRONES.



Se vende al precio de 6 rs. en esta Administración, remitiéndose á provincias franca de porte.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edición recibirán con este número el Figurín iluminado.

Editor-proprietario: CARLOS GRASSI.

Tip. de G. ESTRADA, Dr. Fourquet, 7 (antes Hiedra).